

Las letras españolas en el año 1926

II

LA NOVELA

De tierras de allende el mar nos ha llegado este año una de las novelas que más honor han de hacer a las letras españolas. Es un cuadro de costumbres argentinas al que su autor, M. Larreta, ha puesto el nombre granadino de "Zogoibi", el desventuradillo; que descenturados son en su trágico desenlace los amores de Lucía y Federico, nudo principal de la narración.

El crítico más exigente no tendrá reparos que poner a esta magnífica obra de Larreta, y el juicio que nos merece puede concretarse en muy pocas palabras: es un libro bellissimo. El aire bravío de la pampa libre y selvática, el silencio inmenso de las soledades desiertas, el bullicio del gauchaje en potreros y corrales, todo el elemento pintoresco de la vida criolla ha enriquecido con su abigarrado colorismo las páginas de "Zogoibi", formando una brillante galería de descripciones sobrias y precisas, que tienen la rapidez y valentía de los grandes modelos. El cuadro de *La hierra*, por citar alguno entre otros muchos, es de los que no se borran. De todos los confines de la llanura llegan, parecidos a tropes de ejército, hatos de ganado. A veces dos o tres peones se desprenden súbitamente del montón y "se les ve correr en pos de una res arisca a todo lo que dan sus caballos, atajarla de golpe y traerla después a pechazo limpio". Óyese en tanto cada vez más intenso "el bramido de las vacas separadas de sus crías en el enorme entrevero", va subiendo por instantes "aquel estruendo formidable que parece arrancar del suelo, como el turbión de los órganos en las iglesias, un eco subterráneo", y por encima de este tumulto aún descuellan los ladridos de los perros y las voces de los jinetes, "¡Juera, güey! ¡Juera, güey!" al empujar a los novillos para que entren en la angostura del brete. ¿No es

verdad que para la pluma que ha trazado esta página admirable no puede haber secretos en el arte de la descripción?

Hay que añadir a esto como uno de los más preciosos elementos de la obra el encanto de un estilo personalísimo, en el que importa mucho más lo que se sugiere que lo que se dice. Parece que sus palabras, sus frases y sus cláusulas tienen rostro y alma y revelan una luz interior mucho más clara que el exterior reflejo de su significado. ¿Hay acaso más hondo deleite para quien lee que el recibir de pronto esos relámpagos inesperados que le hacen alzar los ojos del libro para seguir en lo interior de su conciencia el vuelo de una idea levantada de pronto, como un pájaro dormido, al conjuro de la palabra evocadora y sugestiva? Aquel jardincillo menguado y estrecho, "como esos patios de monasterio que hacen mirar hacia arriba", aquel árbol que "borraja un trozo de cielo con el leñoso barullo de su ramaje sin hojas, conservando todavía la greña de uno de esos nidos enormes, andrajosos, casi deshechos, que sólo visitan los roedores y las arañas", son exigua muestra de lo mucho que en este género encierra la obra de Larreta. No olvidemos, sin embargo (tampoco el autor lo olvida), que esto es el vestido; lo interesante es la acción, el drama que se va fraguando poco a poco por efecto del juego de las pasiones y que la narración habilísima sabe sostener y entretener con diversos episodios, como elementos de luz y de sombra hasta llegar a las negruras del desenlace. La escena final tiene una grandeza trágica y le cuadra muy bien como fondo el paisaje nocturno de la pampa.

Digámoslo todo; porque hay un aspecto que nuestra crítica no puede olvidar. *Zogoibi*, aun sin llegar a los excesos de otras obras de Larreta, no es novela para niños. La pasión fatal del protagonista es un tejido de lujurias que fácilmente turbará las imaginaciones juveniles. Y aunque hay que agradecer al autor que por esta vez haya huído de toda crudeza en pinturas y narraciones, sin embargo debajo de los velos el veneno existe; era nuestro deber el declararlo.

No había producido hasta ahora Gregorio Corrochano libro ninguno que igualase en importancia y perfección a su última novela *¡Mektub!* ¿Quién no conoce sus andanzas de

cronista por tierras africanas? Ellas son las que han abierto a su fina percepción de artista el arca cerrada del alma mora, y ese tesoro documental, que nunca podrá recoger en sus fugaces atisbos el que va de paso, sino que sólo puede ser el resultado de una reposada y afectuosa convivencia; eso es lo que hace de la obra de Corrochano un libro aparte, totalmente distinto de otras novelas de asunto africano.

No me refiero sólo al escenario, que otros como él han estudiado y descrito con amor. Hablo sobre todo de los personajes. Es que Zohra la doncella enamorada y Jaduya la esclava, Solimán y el Xerif Ameh Ben Mohamed tienen una psicología singularísima que no se parece a ninguna otra. Tienen las pasiones feroces, la fidelidad hasta la muerte, el amor salvaje, que en vez de morir mata, el hervor de la sangre guerrera, el ansia indómita de la libertad, todo eso que constituye el sello de una raza; y eso es lo que Corrochano ha sabido interpretar mejor que nadie. ¿Puede darse algo más netamente moruno que esa sombra de fatalismo que oscurece las escenas de más vibrante vitalidad? ¡Mektub! ¡Estaba escrito! Es inútil luchar; la fuerza irresistible del destino se ha impuesto una vez más a la impotencia humana.

Para el estilo del libro tampoco tenemos más que alabanzas. Ha sabido darle a veces cierta entonación lírica, y hay capítulos como el primero del libro, que parecen fragmentos de un poema. Siempre brillante y sobrio, atrevido, pero elegante, sin remilgos ni rebuscamientos, sabe hallar la palabra justa, la que matiza el pensamiento sin recargarlo de ornamentos postizos, tiene el secreto de pocos poseído de decir muchas cosas con pocas palabras. Así es como el libro ha resultado de los que consagran definitivamente una fama. Para ser la vez primera que llama a sus puertas no se han mostrado esquivas a Corrochano las musas de la novela.

Hagamos ahora mención de otro veterano de las letras que tantos libros interesantes (no todos, claro está, igualmente laudables) lleva ya ofrecidos al buen gusto de los lectores españoles. Armando Palacio Valdés ha compuesto una nueva novela que lleva por título *Santa Rogelia*, título irreverente, inexplicable y desgraciado. Afortunadamente las

bellezas del libro hacen olvidar pronto el desacierto de su nombre, y la figura principal llega a interesar tan hondamente al lector que todo lo demás desaparece. A pesar de que el fondo de la novela es la evolución espiritual de la heroína, ha tenido su autor el acierto de dejar a un lado todas las divagaciones de análisis psicológico; la trama es lo único que le preocupa, el dinamismo poderoso de una acción rápida y sobria. Los personajes no se estudian a sí mismos, ni se observan, ni se analizan; sencillamente, viven, se desarrollan por su acción. Ahí está, sin duda, el secreto del irresistible interés que aguijonea al lector desde la primera hasta la última página. Lástima que ciertas crudezas de dicción en unas pocas escenas vengán a oscurecer un conjunto tan limpio y escogido.

Y pluguiera a Dios que a la última novela de D. Ramón del Valle Inclán, *Tirano Banderas*, no tuviéramos que oponerle más que este reparo. Por desgracia no es así. Cierta complacencia morosa en los ambientes más abyectos y la descripción minuciosa de repugnantes escenas de mancebía hacen más que escabrosa la lectura de este libro. No queremos con esto negarle el mérito literario. *Tirano Banderas* es, sin duda, una vigorosa novela. Ha escogido el autor como teatro una república americana en época de revolución. En este ambiente semicivilizado los caracteres tienen cierta rudeza primitiva, y la acción ofrece con frecuencia un marcado carácter de ferocidad. El general Santos Banderas, el licenciado Veguilla, el Coronelito La Gándara, el peón Zacarías San José, todos esos personajes viven en las páginas de la novela una vida dedicada al bandidaje, áspera y aventurera, y la trama de sus acciones hace de este rudo y destemplado libro una especie de epopeya bárbara. Para que la forma corresponda mejor al carácter de la obra, el estilo es también agrio, cortado y duro; la narración es rapidísima, arrebatada, como un paisaje iluminado bruscamente por el fulgor de los relámpagos. Nada de describir, ni casi narrar. La acción directa, rápida, fugaz, vivísima, indicada apenas por insinuaciones, lo llena todo con el interés siempre creciente de un intenso dramatismo. Yo quiero reconocer a este libro un gran mérito literario; pero desde el pun-

to de vista de la estética ese vértigo de impresiones es un desacierto. La excesiva rapidez agobia; la turbulencia fatiga.

Reposemos de tanta agitación en el claro remanso de Concha Espina. En realidad su postrera novela, *Altar Mayor*, parece compuesta para serenar el alma; es una invitación a retirar los ojos de las pequeñeces humanas para clavarlos en la grandeza mayestática de los riscos que se encumbran hasta las nubes. Al fin y al cabo, ¿qué representan en ese imponente escenario de montañas el idilio de Javier de la Escosura con su prima Teresa, las intrigas de Leonor Jove, ni los celos de Josefín, qué representan, digo, frente a esa naturaleza que todo lo llena con el clamor fragoroso de los vientos desatados o el murmullo de las aguas espumosas que roen incesantemente sus cárceles de roca? Desde Pereda acá las montañas no han tenido mejor cantor que Concha Espina. No sé si *Altar Mayor* es una gran novela; lo que sí digo es que me parece un magnífico poema a las montañas. Aquí los hombres y las mujeres juegan un papel secundario; los protagonistas son aquí los cerros y los valles, las crestas y los bosques, las nubes y las aguas y esa otra encantadora heroína, la niebla, que despliega sus velos de cumbre a cumbre y tiende sus guirnaldas de rama a rama. No creo que el estilo de la insigne escritora, siempre pintoresco y expresivo, haya llegado nunca a poseer tanta riqueza de poesía como en esta última novela. Aquellas "rocas aguileras, clavadas con furia en el azul", aquellas cumbres que se yerguen rebeldes sobre las selvas "entre marañías de flores, aguas niñas y aires libres" son expresiones felicísimas de las que el libro está materialmente cuajado. Tal vez esta misma abundancia estropea en cierta manera el efecto del conjunto. Quisiéramos a veces más sobriedad en el estilo, que los pasajes luminosos destacasen con más vigor sobre el fondo agrisado, sencillo de la narración.

En los linderos también de la poesía, aunque de género muy distinto, está la novela de W. Fernández Flórez *Las siete columnas*, libro fantástico, pero poderoso, que ningún hombre reflexivo podrá leer sin sentir honda impresión. Es la creación de un ingenio vigoroso que sabe revestir con las formas de una fantasía aparentemente desbordada la fuerza de un pensamiento grande y nuevo.

Sabíamos todos que Fernández Flórez es un gran humorista. Es la suya una ironía profunda; a veces rezuma amargura, una amargura muy honda, que se vela entre las palabras en apariencia más insignificantes. Otras la inspiración se levanta de pronto y adquiere una grandiosidad insospechada. El cuadro de la zona minera de Negrimia, los dichos sentenciosos de Marco, el antiguo sepulturero de San Mamed, el Banquete de "Las siete Vacas Gordas", la chistosísima filosofía de la gordura que expone a los brindis el presidente Truffe, el carácter tan profundamente cómico de Archibaldo de Granmont son otros tantos aciertos que bastan para hacer ilustre a un escritor y para hacer famosa toda una literatura. ¿Por qué será que la crítica, hoy tan pródiga en alabanzas, ha dedicado tan escasa atención a comentar y juzgar esta magnífica joya de nuestra literatura? Cuando uno piensa que para ponderar las bellezas de una novela tan insulsa como *El Obispo Leproso*, de Gabriel Miró, ha empleado un crítico tres talludos artículos en *El Sol* y no ha tenido una palabra para la obra de Fernández Flórez...

Algo más generosa ha sido la crítica con las dos novelas que ha dado a luz el año pasado D. Ramón Pérez de Ayala, *Tigre Juan* y *El curandero de su honra*. No lo lamentamos ni creemos injusta esta preferencia, pues la primera sobre todo tiene bien merecida esta atención de los hombres de letras. El carácter de Tigre Juan es una creación poderosa, un tipo original de gran relieve. Ese hombrón hosco, irascible y áspero, que "hasta para acariciar lastima, a pesar suyo", como dice de él Doña Iluminada, ese villano vulgarote y marrullero que después de haber hecho alarde de un egoísmo feroz descubre en sí mismo la fuente misteriosa de un gran cariño hacia el pobre huérfano Colás y le ve partir de su lado con pena, llamándole compasivamente "*paxarín sin nido*", es indudablemente algo original que basta para hacer famoso al libro y a su autor. Precisamente por esto es más de lamentar que estas excelentes cualidades queden deslucidas por un estilo absurdo, incongruente y desigual. ¿Qué cánones del arte habrán inspirado al autor de *Tigre Juan* esa extraña mescolanza de su estilo, en el que se juntan las audacias del más

revolucionario modernismo con las frases y dichos más arcaizantes? Páginas hay que parecen una prendería de viejo, un puesto del rastro. Comiézase a veces a leer una tirada pintoresca de Nachín de Nacha, que tiene toda la frescura del habla popular, y luego, de repente, sale otro personaje que hablando en el mismo tono villanesco quiere nada menos que "desahogar en lágrimas las nubes de sus turbios pensamientos". Si la verdad es el eterno canon para todas las formas del arte, ¿quién va a creer que una ignorante mujeruca hable de expresarse "en román paladino" y diga, como diría tal vez un letrado del siglo de los dos Luises: "El fuego amontonado dentro de mí *escupirlo* he como la maldición del cielo sobre Sodoma y Gomorra"? En punto a moralidad ya sabemos por desgracia lo que puede esperarse del autor. Sin ser de las más audaces la historia de *Tigre Juan*, tiene también más de una página que no puede pasar sin nuestra más severa censura.

Nunca segundas partes fueron buenas; *Tigre Juan* tiene una segunda parte, *El curandero de su honra*, y una vez más ha salido verdadero el antiguo aforismo. Los caracteres que en la primera parte se dibujan con tanta precisión y con tan vigoroso realismo se van haciendo en esta segunda cada vez más extraños y hasta disparatados. Son seres fantásticos, como fruto de una inteligencia calenturienta, y momentos hay en que la escena parece una jaula de orates. ¡Y cómo hablan, Dios Santo! Como la fábula está bien inventada y la acción es, por lo general, interesante, se siente a veces que va a estallar la tragedia. El momento es de intensa emoción. Pero comienzan entonces los personajes a hilvanar dislates, a tejer frases de golilla con dichos villanescos y... adiós tragedia; todo el efecto queda ridículamente destruído. Confieso llanamente que no entiendo por qué especie de aberración estética puede un hombre complacerse en destruir a sabiendas un efecto artístico que él mismo había tan sabiamente preparado.

Por aberración literaria tengo también la forma novísima en que ha presentado sus dos novelas del año pasado el discutido novelista Blasco Ibáñez. No ha acertado por esta vez,

hay que reconocerlo. *El Papa del Mar* es una novela pesada, sin bellezas de lenguaje, sin situaciones interesantes, sin caracteres, sin descripciones, sin nada de eso que puede hacer un libro bello. Es la historia vulgarísima de una aventura amorosa (y ya sabemos lo que esto quiere decir en un libro de Blasco Ibáñez) con la que se entreteje—hablemos con propiedad—, con la que se alterna la narración fastidiosa y monótona del Cisma de Occidente. Júzguese del conjunto por este dato. Han pasado ya páginas y páginas de letra apretada, y cuando ya el lector se había olvidado de que el libro está destinado a poner de relieve la figura de Pedro de Luna, al cabo de 121 páginas, se comienza por fin a tratar del Papa del Mar. El autor tiene el candor de terminar un capítulo con esta sentencia, tan recomendable por su oportunidad como por su exquisita forma literaria: "Ya estamos en presencia de nuestro hombre". Tengo para mí que la historia más mediocre del cisma de Occidente no sería cosa muy distinta de esto que el autor llama novela.

No debió quedar satisfecho de la primera tentativa, y quiso repetir la suerte en una segunda novela, que tituló *A los pies de Venus*. Aquí la parte histórica que debe entreverse con la novela de actualidad es la vida de los Borgia. La narración directa de estos hechos hubiérale dado sin duda a un hombre como Blasco Ibáñez excelentes recursos para reconstituir una época de suyo pintoresca y de grandes pasiones y tragedias. Pero sus noticias no pasan de las que ofrecería un mediano manual de historia, y como además para evitar la monotonía ha de alternar los hechos antiguos con las peripecias de la novela, y estas dos cosas no tienen entre sí la menor relación, la historia queda arbitrariamente dividida en fragmentos, y la narración va materialmente a trompicones. En suma: la nueva forma ha sido un verdadero desacierto: dos novelas y dos fracasos.

Detengámonos aquí por hoy. El campo de nuestras letras es muy fecundo, y para sólo un artículo son demasiadas novelas. Pluguiera a Dios que todas fueran buenas.

D. ZURBITU